

Villaespesa, Francisco (1877 – 1936)

LA COPA DEL REY DE THULE

Índice

Ofrenda
Silencio
Los crepúsculos de sangre
Histórica
Flores de ensueño
Paisaje interior
Epitalamio
Ave, Fémina
Los Murciélagos
Pagana
Medieval
Los Cruzados de Thule
Neurótica
La sonrisa del Fáuno
Parábolas

Ofrenda.

Si penas y dudas olvidar ansias
su clásica copa te ofrece el poeta.
En marfil y oro la esculpió un atleta...
Fue cáliz de besos en noche de orgías.

Hoy es santuario de las Musas mías:
de Chipre, bacante lasciva y discreta,
del Champaña, el oro de la vida inquieta,
y el Jerez, la rosa de mis alegrías.

La copa te brinda divinos amores.
En ella la virgen deshoja las flores
del Epitalamio, y escancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...
¡Alma soñadora, embriágate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

Silencio.

Para Rubén Darío.
¡El Silencio! La Esfinge con el dedo en el labio...
Azahar inviolado de la frase no escrita...
La flor a quien consulta amores Margarita...
El libro donde siembra sus máximas el sabio...

El ensueño tranquilo del amor sin agravio ...
Oración sin palabras de espectral cenobita...
Majestad de la estatua... La tristeza infinita...
¡El Silencio!... La Esfinge con el dedo en el labio...

¡Oh los reyes que duermen en las piedras tumbales!
¡Oh las almas sufridas que se callan sus males!...

En la celda más triste del oscuro convento
viejo monje contempla, silencioso é inerte,
sobre la abierta hoja de infolio amarillento
el borroso esqueleto de la pálida Muerte...

Los crepúsculos de sangre.

Para Juan R. Jiménez.

En los labios la sonrisa dolorosa de los mártires,
a las luces moribundas y sangrientas de la tarde que se apaga;
él mirándose en los ojos de la virgen soñadora,
y ella oculta en negros tules, ojerosa, triste y pálida,
por la senda más florida
del jardín de la Esperanza,
bajo un palio de claveles, de jazmines, de laureles y de adelfas,
el poeta y su musa favorita, la que tiene la tristeza de la luna en la mirada,
lividices sepulcrales en las húmedas mejillas
y jirones de tinieblas en la oscura cabellera destrenzada,
silenciosos atraviesan
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

A su paso, como besos lujuriosos
de unos labios de escarlata.

triunfalmente se entreabren los claveles;
y sus rojos dientes muestran, sonriendo,
como lúbricas bacantes, las granadas.

La pureza de sus senos les ofrecen los jazmines,
y se agitan rumorosos, entonando himnos de gloria,
los laureles que despiden resplandores de esmeralda.

Así cantan los claveles:
«El Sol vierte en nuestras venas
los ardores tropicales de su sangre epitalámica.
Florece en los labios que se funden en un beso
y en el rostro de la virgen que se entrega enamorada.

Somos himnos luminosos y triunfales en las rojas epopeyas;
regia púrpura en los mantos fastuosos del monarca;
tibia lluvia de rubíes que enrojece los azahares de la novia;
llanto rojo sobre el oro señorial de las tiaras,
y en el fondo de los lagos, pabellones de corales
donde duermen las princesas y las reinas encantadas.
Reflejamos en la sangre de los vinos—de los vinos que enloquecen—
el incendio lujurioso que devora nuestras almas,
y en los rizos destrenzados de la lúbrica bacante,
agoniza lentamente, como lívido crepúsculo, el fulgor de nuestras llamas
Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos ondulantes de tu amada...»

Y el poeta y su musa favorita,
atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los jazmines:
«Somos risas hechas flores en los labios del Ensueño.
Nuestra cuna fué la nieve que corona las montañas.
Nuestros besos son los rayos temblorosos de la luna,
y morimos en la sombra de las noches enlutadas.

Florece en el velo vaporoso de las vírgenes;
a los cisnes les prestamos su blancura inmaculada,
a los reyes el armiño de las túnicas triunfales,
y a Pierrot las cadavéricas palideces de su máscara.

Somos niveas mariposas que entre flores aletean;
en los cielos azulados pasajeras nubes blancas;
hostia mística en los cálices que en el templo se consumen;
apagados resplandores en el mármol de la estatua,

y en los días luctuosos del Invierno taciturno,
blancos copos de la nieve que desciende silenciosa y solitaria.

Nos abrimos, al incendio de unos labios febricientes,
en los senos palpitantes y desnudos de la joven desposada,
y a la virgen que agoniza de ternuras y de olvidos
le servimos de mortaja.

Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos ondulantes de tu amada.»

Y el poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los laureles:
«Nos alzamos en las cumbres
donde anida el Sol y el Águila,
y sonríen las estrellas fulgurantes de la Gloria.

En las rojas epopeyas somos palmas
que arcos fingen, cuando alegres, entre vítores y aplausos,
relinchando los corceles y desnudas las espadas,
los guerreros victoriosos
en tropel cantando vuelven de los campos de batalla.

Alentamos en el Circo la agonía de los mártires
devorados por las fieras. Coronamos las estatuas
vencedoras del Olvido, y en la frente de los nobles paladines
florece como triunfo de inmortales esmeraldas.
Son eternos nuestros éxtasis gloriosos...
El mar besa con sus olas nuestras plantas,
y los rudos huracanes, que deshojan las florestas, acarician
con sus dedos temblorosos nuestra verde cabellera destrenzada...

Ven, poeta,
y eterniza con un ramo de laureles
la hermosura pasajera de tu amada...»

Y el poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...

Así cantan las adelfas:
«Nuestras flores son sangrientas
como carnes desgarradas

a mordiscos lujuriosos.
Florece con la liebre...
Entonamos en el hacha
reluciente del verdugo la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña
las serpientes del Delirio... las serpientes que enrojecen nuestras almas...
Alumbramos los oscuros calabozos donde ruge la Locura,
y las celdas solitarias
donde en místicos espasmos las histéricas novicias
de lujuria se embriagan
con la sangre de los Cristos...

Ven, poeta,
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada...»

Y el poeta
y su musa favorita se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen, triste y pálida,
florecieron las adelfas...

El jardín de la Esperanza
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres...

Los claveles, los jazmines, los laureles, las adelfas, se agitaron;
y sus hojas arrastradas
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,
se perdieron para siempre por las sendas solitarias,
lentamente... lentamente, como pálidas visiones
de un ensueño misterioso que se esfuma en la distancia...

En un lánguido martirio de oro y púrpura
el crepúsculo moría... Suspiraban
temblorosas las adelfas.
Y al empuje de los vientos, las simbólicas granadas,
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo
sus rubíes desgranaban...

Histórica.

Para Guillermo Valencia.

Enferma de nostalgias, la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con las ergástulas de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Cosso, con el cabello al viento,
y embriagarse de amores en el Circo sangriento
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso veloz salta a la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira,

salta sobre sus pechos, a su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna,... y sonriendo expira!

Flores de ensueño.

Para Manuel Díaz Rodríguez.

Con las manos cruzadas sobre el pecho
entre nubes de encaje mal velado,
por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,
la virgen duerme. Oculto entre la púrpura
del rico lecho de marfil y sándalo,
el Ángel del Pudor vela su sueño
con el índice puesto sobre el labio.

Ensueño Azul: El Hada de la Dicha
desciende de los cielos en su carro
—un gigantesco cáliz de magnolia
por dos gallardos cínifes tirado,—
y la conduce a los floridos bosques
del misterioso reino del Encanto.

Allí florecen lirios que son rostros
de rubios serafines; en sus lagos,

eternamente azules, bogan cisnes
de nieve y de ilusión; ritma sus cantos
el ruiseñor en la frondosa orilla;
los cien ojos floridos de su manto
abre el pavo-real con regia pompa;
y en medio del jardín alza un palacio
sus altos muros de marfil y oro,
por dragones de fuego vigilados,
donde las magas del amor preparan
sus venenosos filtros encantados,
y las princesas de los viejos cuentos
mueven la rueca, su cariño hilando.

Ensueño rojo: En el jardín de Marta,
a la luz moribunda del Ocaso,
contempla los fulgores que despiden
las ricas joyas del collar de Fausto.
Y siente que sus párpados se cierran
y los besos florecen en sus labios...
Y ve cómo entreabre su corola
a las bruscas caricias de un abrazo
—hostia sagrada en el altar de Venus—
un misterioso lirio ensangrentado...

Con las manos cruzadas sobre el pecho
entre nubes de encaje mal velado,
por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,
dormida está. De pie en la cabecera
del rico lecho de marfil y sándalo,
descorriendo el purpúreo cortinaje
Satanás ríe, y a sus pies postrado
el Ángel del Pudor suspira y llora
con la cabeza oculta entre las manos.

Paisaje interior.

Para G. Martínez Sierra.

Cual Sol en los cielos entreabre el Delirio
su enorme pupila torva y sanguinaria,
y en la roja tarde vaga solitaria
el alma marchita de cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio,
el ciprés eleva su negra plegaria,
y enciende en el cáliz de la pasionaria,
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lago de llanto
los cisnes heridos apagan su canto.
Sobre las palomas vuelan los neblíes,

y entre las adelfas alza lentamente
su verde cabeza la Eterna Serpiente
de escamas de oro y ojos de rubíes.

Epitalamio.

para Luis Berisso.

A las luces espectrales de las pálidas auroras,
recitando misteriosas letanías,
por el bosque van pasando las simbólicas Teorías
de las Horas.

Enlazadas de las manos cruzan lentas
cual fantasmas sepulcrales que caminan al osario.
Gime el viento entre los pliegues de sus túnicas sangrientas.
Lanza el búho en los cipreses la agonía de su canto funerario.

Doblan roncadas las campanas en su cárcel de granito,
y a sus ecos moribundos que se apagan en la bruma,
la cadena de fantasmas en el gris de lo infinito,
en las tenues palideces de las nébulas se esfuma.

Sólo queda bajo el palio de un naranjo florecido,
una virgen que piadosa, con las manos enlazadas, mira al cielo.
Con jazmines y con nieve los ensueños candorosos han tejido
la blancura deslumbrante de su túnica y su velo.

De sus lánguidas pupilas la purpúrea luz evoca
el incendio del crepúsculo que ensangrienta los rosales,
y la sangre que enrojece los claveles de su boca
canta el triunfo de las rosas en los tálamos nupciales.

Al mirarme solo y triste, con la cruz de mis dolores
en la cumbre del olvido,
la Hora Blanca se aproxima... Me sostiene entre sus brazos, y a mi oído
canta el dulce Epitalamio de sus líricos amores.

En mis brazos de su carne siento el peso...
Nuestros cuerpos funde el lazo
de un abrazo...
Nuestras almas liga un beso...

Fue un instante. Nuevamente se acercaron las simbólicas Teorías,
y a su hermana fugitiva silenciosas arrastraron en su rápida cadena,
y bebiendo con mis lágrimas la amargura de mi pena,
vi los pliegues de su túnica esfumarse entre las sombras de confusas lejanías.

Envío

¡Oh, Princesa, junto al Príncipe soñado, toda blanca y ruborosa,
te arrodillas en el templo... Muere Cristo en el altar...
Yo te mando, como ofrenda, mi poesía... Mariposa
de alas negras, desde el fondo de mi alma luctuosa
vuela en busca de la nieve de tu ramo de azahar!

Ave, Fémina.

para César Zumeta

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita
y en tu seno las blancas magnolias del pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrilegio excita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita
de pálidos suicidas el infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la Eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Ángel y corazón de Furia,
y el áspid, en tu beso, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda a Magdalena!

Los Murciélagos.

para pedro César Dominici

De la tarde que moría
a los cárdenos reflejos,
lentamente caminabas deshojando margaritas
por la senda que perfuman los floridos limoneros...

¿No te acuerdas?... De repente, temblorosa,
abrazándote a mi cuello,
—Mira, mira—murmuraste,
en el nudo de mis brazos de terror desfalleciendo,—
¡Cómo en torno de las flores
giran locos los Murciélagos!..

Y en las sombras que avanzaban las luciérnagas
como cirios sepulcrales se encendieron...
Y doblaron lentamente las campanas
con el fúnebre gemido de tu acento...

Y en el negro catafalco te vi inmóvil, coronada de azahares,
con las manos amarillas enlazadas sobre el "pecho...

Y trazando en torno tuyo
la fatiga tenebrosa de su vuelo,
con el frío mortuorio de sus alas membranosas,
te rozaban los Murciélagos...

Los Murciélagos son sabios: En los viejos pergaminos
que en las celdas del Convento
impasibles contemplaron el martirio de los monjes;
en las ruinas donde tejen su tristeza las esclavas del Misterio;
en los altos torreones donde el mago se embriaga
con el místico perfume de las flores de los cielos;
en los antros donde impera la sonrisa de la esfinge...
de la vida los ocultos geroglíficos leyeron...

Son poetas: A las harpas olvidadas en las naves del castillo;
a los órganos que gimen en las bóvedas del templo;
al pausado clavicordio que una mano aristocrática,
del salón en la penumbra, para siempre dejó abierto;
a los rojos violines que suspiran silenciosos
en las lóbreas buhardillas de los pálidos bohemios...

con sus alas temblorosas arrancaron
fugitivas vibraciones de suspiros y de besos...

Junto al Cristo que sucumbe
en el místico madero,
de las lámparas de oro parpadean
los agónicos reflejos;
y a ellas vuelan, con las alas extendidas,
los fatídicos Murciélagos...

Y las lámparas se extinguen...
Y profanan el silencio
de las bóvedas sombrías, las siniestras carcajadas del hereje
y las roncas maldiciones del blasfemo...

A los últimos fulgores de la tarde moribunda
aparecen los Murciélagos...
Son suspiros que se escapan de los labios de la Sombra...
Viven sólo en los sepulcros del ruinoso cementerio...

Se alimentan con los lívidos gusanos que devoran a las vírgenes...
Se emborrachan con la sangre coagulada de los muertos...

Al contacto de sus alas, los rosales se estremecen,
y las rosas con el llanto luminoso de sus pétalos
ensangrientan las mortales palideces del crepúsculo
que al son ronco de las fúnebres campanas lentamente va muriendo...

¡Oh amarguras infinitas!...
¡Oh recónditos pesares!... ¡Oh Murciélagos!...
Vuestras alas oscurecen los fulgores de las lámparas
que iluminan los altares melancólicos del templo,
donde exangüe, coronado de nostalgias y de espinas,
muere el Cristo triste y pálido
de mi loco Pensamiento...

Anidasteis en la tumba de mis muertas ilusiones...
Vuestro fúnebre contacto ha dejado sin un cáliz al rosal de mis ensueños
y en las hondas sepulturas;
donde yacen enterrados mis recuerdos,
se enrojece vuestro hocico—vuestro hocico repugnante de vampiros—
con la sangre coagulada de mis muertos...
¡de las vírgenes difuntas que se pudren en sus tálamos de piedra,
con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho!...

Se marcharon mis alegres camaradas...

En las calles aúlla un perro...
Agonizan los fulgores de mi lámpara,
y en el aire, ebrios de sombra, giran locos los Murciélagos...

¡Oh, mi virgen! ¿No te acuerdas? En mis brazos apoyando
la escultura dolorosa de tu cuerpo,
a los rayos de la luna, lentamente caminabas
deshojando margaritas por la nieve del sendero...

De repente, nuestras frentes rozó el ala
de un fatídico Murciélago
que en la calma de la noche se perdió como un presagio
de amarguras infinitas...

Las estrellas como cirios sepulcrales se encendieron;
y doblaron lentamente las campanas
con el fúnebre gemido de tu acento...
Y en el negro catafalco te vi inmóvil, coronada de azahares,
con las manos amarillas enlazadas sobre el pecho...

El terror abrió mis ojos... Los fulgores de la lámpara morían,
y turbaban el silencio
de mi alcoba solitaria los medrosos aletazos
de un fatídico Murciélago...

Pagana

Para Enrique Gómez Carrillo.

El cisne se acercó. Trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje...
Y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul al morir suspira queda;
gorjea el ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muge salvaje

en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la corva de su cuello,
y con el ala, Cándido abanico,
acarició los senos y el cabello...

Leda dio un grito, y se quedó extasiada...
Y el cisne levantó rojo su pico
como triunfal insignia ensangrentada.

Medieval.

Para José Betancort.

Bajo dosel de púrpura, que el sol poniente besa,
con sus dedos de nieve la pálida princesa

el azahar de una margarita deshoja,
y tras los almos cisnes de sus sueños, arroja

—halcón con garras vírgenes— su enferma Fantasía
que se pierde en las brumas de la Melancolía.

Es bella y dolorosa. Parece la Quimera
de amor que un pincel místico trazó en la vidriera

de la claustral ojiva. En la Cándida aurora
de sus ojos un ángel nostalgias de Azul llora.

En sus albas mejillas hay sangrientos martirios
de rosas. Palidecen en su mano los lirios...
Bajo el trono se enroscan bufones y lebreles.

En la liza piafan los fogosos corceles
que impacientes escarban con sus cascos la arena...
La trompeta de oro del Heraldo resuena...

Alzadas las viseras, desnudos los aceros,
invaden el palenque los bravos caballeros

que a enamorar vinieron de lejanos países
a la blanca princesa gemela de los lises...

Entre jóvenes pajes, que le sirven de corte,
llega Lohengrin, el rubio caballero del Norte.

De su casco brillante sobre el oro bruñado
el alma de los cisnes las alas ha extendido,

y el Amor en su escudo a recitar se atreve
una canción de lirios sobre un campo de nieve.

En un corcel alado más rojo que el Deseo
cabalga la romántica figura de Romeo.

En su fulgente casco de plata, brilla inquieta
la rubia cabellera de la ideal Julieta;

y en su escudo, que sangre de claveles colora,
agoniza la alondra en un beso de Aurora.

Rugiendo de coraje, como león en celo,
sobre un corcel de Arabia la lanza esgrime Otelo.

Está de celos loco... Está de espanto mudo;
y en la profunda noche que circunda el escudo,

con un arpón clavado en la nieve del anca,
bañada en sangre espira una gacela blanca...

Vibró el trueno de oro de lejados clarines.
Temblaron en sus sillas los bravos paladines...

Y tras negro escudero, que sus hazañas nombra,
en un corcel salvaje que apacentó la Sombra,

calada la visera, y desnudo el acero,
penetra en el palenque un Negro Caballero.

Sobre el casco abre el cuervo las alas tenebrosas
y en su escudo aletean dos negras mariposas...

Al Negro Caballero vencedor proclamaron.

En los amplios salones del palacio brillaron

Las joyas y las ricas armaduras de oro
Ritmo canto nupciales el órgano sonoro.

Junto al tálamo regio de azahares y rosas
los amantes enlazan sus manos temblorosas.

—Mirar tu rostro ansío... Besar tus labios quiero, —
murmuró la princesa. Y el Negro Caballero

con ruda mano alzóse de pronto la visera...
¡Y floreció la Risa en una Calavera!...

Los Cruzados de Thule.

para Miguel Eduardo Pardo.

Son los Cristos que enrojecen los laureles del Calvario
con la púrpura triunfante de su sangre generosa;
rosas místicas que mueren en el seno de una hermosa,
mirra que arde entre las ascuas del simbólico incensario.

Soñadores cenobitas que en el yermo solitario
con sus lágrimas fecundan una flora milagrosa;
argonautas que navegan en la noche silenciosa
tras el oro de un remoto vellocino imaginario.

Son los cisnes que agonizan en el lago de los cielos;
peregrinos que caminan por la noche de los hielos...
Están ebrios de nostalgias. Su mirada entristecida

bebe el rayo tembloroso que al morir la luna vierte.
Marchan solos... Y se pierden por las sendas de la Vida
en silencio dialogando con la sombra de la Muerte...

Neurótica.

(*De mis afrodisias*)

para Julio Pellicer.

En la copa de Venus fulgura,

sangre de claveles y alma de rubíes,
la divina embriaguez de los sátiros,
el vino purpúreo que escancian las vírgenes.

Sobre el lago vuelan
en un sueño de nieve los cisnes,
los Cándidos cisnes ébrios de azahares...

Y al pie de la Esfinge
del Amor Eterno,
busto femenino con garras de tigre,
los lascivos labios
de Afrodita ríen.

Ya no hay vino de amor en las copas.
Sobre el lago los cisnes no juegan.

El alma sombría del lúgubre Otoño
entre los marchitos rosales se queja...

Una blanca visión, temblorosa,
a través de la oscura arboleda,
en el viejo jardín encantado
como un rayo de luna penetra...

¡Oh, mi pálida virgen, la musa
de mis viejas canciones, no vengas
a apagar en mis brazos tu fiebre,
porque ya no queda
ni una gota de llanto en mis ojos,

La sonrisa del Fauno.

Para Manuel Machado.

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,
y en una loca orgía de luces y colores,
ebrias de amor espiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

—¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?—
Los hombres preguntaron, en una edad lejana,

a un Fauno que en las frondas oculto sonreía...
Hace ya muchos siglos... Y en la conciencia humana
el Fundo a esa pregunta sonrío todavía.

Parábolas.

para José Durbán Orozco.

Fue una noche tenebrosa del Walpurgis.
A la tierra cual mortaja las tinieblas envolvían,
y los rojos cazadores del infierno,
con sus gritos, azuzaban las diabólicas jaurías
de los roncós huracanes que, mugiendo como búfalos fantásticos,
por la selva oscura y lóbrega de la noche se perdían.

En el bátrato, las brujas,
el urdimbre misterioso de la Vida,
con las cuerdas del ahorcado, con las llagas del leproso
y la sangre venenosa de los lúgubres suicidas,
a compás de sus blasfemias,
como arañas monstruosas enredaban y tejían...

¡Y entre nieves y entre escarchas, saludado por los truenos,
a las luces del relámpago abrió un niño las pupilas!

Fue un crepúsculo de Invierno. En el bosque gris y húmedo
lentamente la nevada silenciosa descendía.

Ya trajeron la mortaja. Sobre el negro catafalco
las violetas se deshojan y los cirios funerales agonizan.
Cerca gimen los responsos... ¡En cerrar la negra caja,
carpintero, date prisa!...

Las tinieblas avanzaron. Y a los rayos mortecinos de la luna,
que luchando con las sombras se apagaba y encendía
como cirio agonizante combatido por los vientos,
ante un huérfano enlutado, que solloza de rodillas
abrazado a una cruz negra, cruza lenta y silenciosa
despidiendo fuegos fatuos, una fúnebre Teoría.

Ya llegó la Primavera...
Nievan blancas mariposas los almendros.
Hay arrullos de palomas en las ramas florecidas
y sonrisas de libélulas en los cálices abiertos.
Bajo el palio perfumado de un naranjo, los amantes
con las manos enlazadas se contemplan en silencio.

¡Oh, las tímidas promesas de los labios juveniles,
los callados juramentos
que se pierden como místicas palomas
en la risa luminosa de los cielos!

Canta un ave en la espesura.
El Sol muere como un Príncipe en su lecho
de oro y púrpura,
y el naranjo, a la caricia lujuriosa de los vientos,
vierte lluvia de azahares sobre el llanto de dos almas
que agonizan abrazadas en el tálamo de un beso.

Suenan bélicos clarines en el patio del castillo.
Un caballo de la Arabia de impaciencia tasca el freno...

Campeón de la Locura
a la lid marcha el guerrero.

En la cima de su casco tiembla el águila.
Las estrellas resplandecen en la banda de su pecho.
Los heraldos van delante. Visten púrpura y brocado.
Son los Versos
de la Gloria, los que vibran triunfalmente
como auríferos clarines en la arena del torneo.

Detrás marchan, coronados de laureles y de rosas,

los gallardos paladines... rubios pajes de la Reina del Ensueño...
Es de oro su armadura. Sus corceles son de nieve.
El amor es su divisa. Su acicate es el Deseo...

De las altas ojivales en los vidrios de colores,
temblorosa la alborada deja un beso
de oro y rosa. Vibra el órgano
bajo el ritmo de los dedos
musicales de una pálida novicia de ojos tristes y enlutados.

Ante el Cristo silencioso, que agoniza en el madero,
hay dos novios de rodillas,
con las manos enlazadas y los labios entreabiertos.

Vierte el cirio la tristeza luminosa de sus lágrimas de oro.
Como flor mística exhala sus perfumes el incienso
y en el cáliz sacrosanto resplandece
la pureza inmaculada de la sangre del «Cordero.»

En la torre grazna el búho, y la luna melancólica deshoja
la tristeza de sus rayos en la copa azul del cielo.

Coronado de laureles
de la lid torna el guerrero.

Sueña, sueña que le aguardan, entre rosas y azahares,
unos brazos extendidos... unos labios entreabiertos...

Ebria el alma de amarguras, de rencores y venganzas,
a la lid vuelve el guerrero.

Cubre un pájaro fatídico la cimera de su casco.
Es más negra su armadura que las alas de los cuervos.

Hay blasfemias infernales en su boca...
Lloran sangre sus pupilas en silencio.
Y le siguen, cual famélicas jaurías,
en caballos montaraces, cien legiones de diabólicos espectros.

Van aullando negra historia de perfidias y de amores,
de venganzas y de celos...
Y al oírlos, en las noches tenebrosas por las selvas solitarias,
se estremecen y asustados se santiguan los viajeros.

Un extraño peregrino cruza el páramo...
Ve una palma... Mas desprecia la frescura que le brinda.
«No es tu sombra la que busco» dice lúgubre y sombrío,
y de nuevo por la arena del desierto se encamina.

Cruza el valle que embalsama los jardines florecientes.
Entre rosas una virgen amorosa sonreía...
Y el viajero, sin pararse, dice triste y melancólico:
«¡La sonrisa que yo busco no es tu lúbrica sonrisa!

Sube al monte. Los señores del castillo:—Honra—dicen—
nuestra mesa. Pasa y bebe una copa en nuestra orgía—
Y el viajero, sin pararse, les responde tristemente:
«¡Vuestra mesa no es mi mesa! ¡Vuestra copa no es la mía!»

Huella el hielo de las cumbres. En la cima hay un convento.
De Jesús—dicen los monjes—el apoyo solicita...
«Vuestro credo no es mi credo» les contesta el peregrino,
y en silencio por la nieve lentamente se encamina.

Han pasado varios siglos. Y aún por valles y montañas,
despreciando los consuelos y placeres que le brindan,
va el viajero misterioso
lentamente...
lentamente caminando todavía...